ble de los árboles plagados de fruto en las lindes de los caminos y en los eriales.

–Sobre esto es muy interesante insistir. ¿Podrías hacer un cálculo de la rentabilidad del almendro en nuestra Autonomía?

–Para responder a tu pregunta un dato significativo, lo tenemos: la cosecha que se aprecia en los almendros abandonados el año que no se hielan, lo que nos conduce a suponer lo que será con el esmerado cultivo que se le da al viñedo y a otros frutales.

El cálculo de rentabilidad en comparación con el viñedo de regadío, que no hay otra solución que reconvertirlo por los motivos que todos conocemos, van a conducir a aumentar la renta de esas tierras, partiendo de la plantación de 1.500 árboles en hectárea, formados en palmeta, que es una de las reformas básicas del sistema. Equivalente a las 1.500 parras que se explotan en espaldera o simplemente bajas. De lo que es deducible este cálculo: 1.500 cepas a 10 kilos = 15.000 kgs. × 10 ptas. kgs. 150.000 ptas. Y 1.500 almendros a 1 kg = 1.500 kgs. × 100 ptas. = 150.000. Pero como la producción de 1 kg. por árbol no es normal, estando viéndolos con 15 y 20 kilos en los eriales y lindes de los caminos, calculemos una cosecha de 5 kilos, equivalente a 7.500 kilos hectárea, cuyo valor es de 750.000 ptas.

–¿El precio de 100 pesetas puede considerarse estable?

–Este es el que actualmente le pagan a los agricultores de nuestra región por estar desorganizados, pero en Cataluña y Alicante que tienen cooperativas de comercialización es mucho más elevado. Y una vez España miembro del Mercado Común, nuestras posibilidades son incalculables, porque sólo Italia y España son productores de almendra para surtir un mercado tan amplio y rico.

–Para terminar, ¿qué consejo darías a los que se interesen por esta nueva modalidad de explotación?

–Que no se olviden de que se trata de un sistema que reforma cuanto hasta ahora se conocía sobre este cultivo y, por tanto, que no puede practicarse a ciegas. Porque como todo sistema su ejecución está determinado por una serie de reglas y principios enlazados entre sí y dependientes unos de otros, que ordenadamente buscan un fin. Y un fallo, como plantar árboles con tronco alto, imposibilita toda la reforma en que el sistema se basa. ■

Tita MARTINEZ

REALIDAD Y TEORIA POLITICA

Los políticos suelen situarse en un repertorio teórico que a primera vista agrada a casi todo el mundo. Incluso suele parecer antes de ponerse en práctica que se trata de lo verdaderamente eficaz, de lo esperado, de lo que pretendíamos en el subconsciente y al fin aparece para implantarse y corregir nuestros defectos seculares.

Pero este repertorio en seguida tropieza con algo que continúa, paradójicamente, siendo desconocido: la realidad. El encuentro con ésta resulta siempre trágico en mayor o menor grado.

La realidad es deslizante, movediza y cruda. Cuando se le hace un traje teórico, en la creencia que es a medida, nunca se acierta con exactitud porque su cambio es permanente. La realidad que es lo más inmediato resulta a la vez lo más esquivo.

La teoría permanece en la quietud el tiempo que queramos, pero lo real se mueve constantemente y hasta se desmanda escapando a todo control con sus manifestaciones imprevistas, y éstas, cuando se trata del campo político, se revelan amenazantes.

Por tanto, políticamente es aconsejable que cuando lo teórico no tiene el suficiente encaje en lo real, debe corregirse o anularse sin pérdida de tiempo. Es lo prudente en estos casos, cuando el medio buscado resulta peor que la enfermedad.

Creer que no se yerra significa el mayor de los errores. Corregir es, por el contrario, lo que más puede aproximarnos al encaje con lo real. En política nunca, contra viento y marea, se le debe otorgar a lo teórico un rango definitivo. En este caso reconocer el error es lo más edificante, y lo más torpe creer que es posible huir de la realidad.

La realidad exhibe los más extraños imprevistos. Cuando se inventó el avión nadie pensaba en los secuestros en vuelo que iba a padecer. También podemos citar como ejemplo a nuestras autonomías que, como es evidente, una parte de su clima real no coincide con lo imaginado.

En política hay que salir decididamente al encuentro de lo reclamado por la realidad. Por el contrario ésta, tarde o temprano, nos sepultará en su abismo.

En física, tal vez sea muy valioso un teórico, pero en política es preferible un práctico, ya que la realidad encuentra siempre salidas de triunfo. Una ley nos puede obligar al pago de unos excesivos impuestos por la compra de una finca, pero no nos puede obligar a invertir. Entonces decidimos no adquirir esa finca. Se trata simplemente de la respuesta condicionada por lo real en este aspecto. ¡Oh verdades de la conducta real humana contra las que suelen estrellarse no pocas teorías políticas! Aún tratándose del más autoritario repertorio teórico, la realidad termina envolviéndonos en su oleaje.

Cualquier novelista puede vivir al margen de lo real más o menos tiempo, pero esto al político puede costarle muy caro. La ciencia puede teorizar y luego, en la aplicación práctica, el fracaso –si lo hay– se reduce a no inventar nada, pero el fracaso político puede producir una tragedia social. El que da la espalda a lo real puede ser un sabio e incluso un santo, pero nunca un gran político. Para Einstein «es siempre la teoría la que decide lo que se puede observar», pero para un político debe ser la realidad la que indique lo teorizable en leyes.

Heráclito fue uno de los primeros que vio genialmente el dinamismo de lo real y la dificultad en aplicarse normas controladoras. Tal vez por eso Parménides crea sus teorías un tanto de espaldas a lo real. Pero eso puede hacerlo un filósofo. Un político, no. ■

Ortega SAND

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Hora, La. N.º 2, 1/1985.